

Francia

EXPULSIONES DE TRABAJADORES EXTRANJEROS

PISTOLA en mano, la Policía francesa irrumpió en un conjunto de residencias de trabajadores extranjeros: a fuerza de porras y empujones fueron desalojados, un cierto número de entre ellos conducido a los locales de la Policía y, sin más decisión que la policíaca, dieciséis —ninguno español— expulsados del país. Motivo: sus protestas contra las condiciones de vida de dichos alojamientos. Hay una tempestad política en Francia por este motivo. Un diputado socialista, Chavenement, ha acusado en la Asamblea al ministro del Interior, Poniatowski, de presentar los hechos de una manera "calumniosa y racista": instado por el presidente de la Asamblea a retirar sus palabras, ha insistido en ellas, a pesar de la amenaza de aplicarle la "censura" (una sanción que le retiraría la mitad de sus emolumentos de diputado durante un mes).

Los alojamientos en cuestión son los de Sonacotra (**Société Nationale de Constructions de Logements pour les Travailleurs**). Por sus condiciones, están prácticamente destinados a los extranjeros, sin familia y con bajos salarios: sólo un 15 por 100 de franceses viven en ellos. Disponen de viviendas que van desde los 13 metros cuadrados las más grandes (divididas en dos habitaciones de 6,50 metros cuadrados cada una) a la de 7 metros cuadrados. Los precios de estos habitáculos oscilan entre 6,50 francos y 12 francos diarios: esto es, de 93 pesetas a 172 pesetas. La mayor parte de los alojados viven del salario mínimo y deben enviar a sus familias en el extranjero dinero para su subsistencia. El aumento del paro ha dejado a muchos en condiciones de vivir con el subsidio de paro. Sin embargo, la Sociedad está procediendo a aumentos de precio. Más aún, el reglamento de régimen interior está hecho con una dureza draconiana, que prevé la expulsión a la más leve falta. En ese reglamento se prohíben las visitas en las habitaciones y se niega el derecho de reunión en los locales. El verano pasado, la Sociedad aumentó los precios (sobre los indicados anteriormente) y comenzó una huelga de habitantes en la zona de Saint-Denis (París) que se extendió a otros alojamientos. Se formó un "comité de residentes" ayudado por los sindicatos (principalmente, CGT). Las negociaciones fracasaron. En febrero hubo una manifestación de tres mil trabajadores inmigrados, en marzo se acentuó la huelga de pago de alquileres y se llegó a un cierto acuerdo que aceptaron parte de los residentes. Pero en otros alojamientos de la Sociedad, la reivindicación se mantuvo sobre otros planos no ya directamente económicos: pretendían "un estatuto de

inquilinos y no de residentes, la expulsión de los gerentes racistas y provocadores, y el derecho de reunión y de expresión en los alojamientos". La respuesta ha sido la "razzia" de la Policía y la expulsión de 16 residentes que formaban parte de los comités. Ello no sólo no ha disminuido la tensión en los centros de residencia, sino que la ha acrecentado. Y se ha convertido en un tema de política nacional.

Se plantea, en efecto, el problema de si los trabajadores extranjeros, amenazados por una medida tan grave como es la expulsión —que entraña por consiguiente la ruptura inmediata del contrato sin ninguna clase de indemnización—, están abocados a convertirse en una mano de obra sumisa, sin derecho a protestar. Esto preocupó no solamente al conjunto de los trabajadores extranjeros, sino a los propios sindicatos franceses, que ven así crecer entre ellos una mano de obra competitiva que aceptará fácilmente todas las condiciones que se les imponga por parte del patronato, y que pueden llegar a saborear sin desearlo, simplemente por vivir bajo leyes especiales, las conquistas sociales del conjunto de los trabajadores. Diez organizaciones sindicales francesas, además de manifestaciones y acciones de protesta, han pedido audiencia al primer ministro, Chirac, para pedirle concretamente la anulación de las medidas de expulsión, el regreso a Francia de los trabajadores expulsados, su reincorporación inmediata a los puestos de trabajo en las mismas condiciones en que estaban y la suspensión de todas las medidas de expulsión.

La explicación de Poniatowski en la Asamblea es la de que las expulsiones de trabajadores extranjeros se hace por razones de delitos comunes. En enero de 1976, de una cifra total de 29.482 detenidos en Francia, 5.315 eran extranjeros, o sea, un 18 por 100. Pero este 18 por 100 es aproximadamente la proporción que hay entre extranjeros inmigrados y población general francesa: esto quiere decir que no hay una mayor delincuencia entre los extranjeros, a pesar de que sus salarios son los más bajos, de que son los primeros en ser despedidos y de que sus condiciones de vida son peores. Sin embargo, por ciertos delitos de los llamados comunes —y en el caso de las huelgas de alquiler y de las reivindicaciones de Sonacotra es difícil considerar comunes a esos delitos, si es que son delitos— un trabajador francés puede ser castigado con una multa o con una condena a cumplir en libertad provisional, mientras que sobre un extranjero pesa la expulsión, que tiene un carácter de tragedia. El caso está sin cerrar.

Los
Contem
porá
neos

EL GOBIERNO NO ES MIO

EMILIO Romero se pregunta en "ABC" "de quién es el Gobierno". Mío no es, de eso estoy seguro. Me hubiese deshecho de él rápidamente, porque no me gusta. No está a la moda, y eso es grave en una sociedad de consumo. Pretende estarlo. Es como una de esas viejas damas solteras que no se resignan a la soledad y se pintarrajean horriblemente, se tiñen la áspera pelambrera y se ponen unas breves falditas bajo las cuales asoman unas piernas flácidas y varicosas. Es una impresión personal, desde luego. Pero es una impresión horripilante.

Me tranquiliza ver que don Emilio Romero explica que el Gobierno no es de nadie. Tampoco parece que sea de sí mismo. ¿Es fantasmal? Muchos países preferirían tener un leve Gobierno fantasmal que un Gobierno pesadote y omnipresente. Pero el caso es que este Gobierno es también pesadote. Aplasta. La vieja dama quiere hacer "entrechats" y otras figuras de ballet, pero la danza es triste. No puede seguir el ritmo de la música.

¿A quién pertenecen los Gobiernos? No parece que la cuestión esté bien resulta en los regímenes actuales. Los Gobiernos —hablo del mundo— tienen la sensación de que son ellos los poseedores y no los poseídos, y se asombrarían de esta pregunta. Más bien entienden que los pueblos son suyos. La idea original democrática de que el Gobierno es una emanación del pueblo, a través de las cámaras de representantes, no pasa por ahora de ser una utopía. Los Gobiernos están apasionadamente enamorados del principio de autoridad o de la idea de que "le pouvoir ne recule jamais", como dijo un presidente del Consejo francés, Laniel. A continuación de aquella frase tuvo que retroceder tanto que su nombre no volvió a recordarse hasta el año pasado: en la triste ocasión de su necrología. Los poderes deben irse acostumbrando a retroceder con respecto a sus propias decisiones: es una forma de adelantar. También debe suceder que, cuando el poder se equivoca, dimite. La dimisión del señor Girón ha vuelto a poner en la actualidad ese verbo que es un arcaísmo, dimitir. Si una buena cantidad de políticos de la línea del señor Girón hiciesen lo mismo, el país se encontraría considerablemente clarificado. El juego de estar al mismo tiempo en el poder y en la oposición es uno de los que caracterizan este momento actual. Quizá el señor Girón ha podido empezar a creer que el Gobierno tampoco es de él. Y la realidad es que el Gobierno se encuentra con la desagradable realidad de que el señor Girón no es suyo.

No sabemos de quién es el Gobierno. Pero nos cuesta más trabajo saber quién es del Gobierno, aparte de los señores que lo forman y sus directores generales, subsecretarios y afines. Y de unos resortes de poder que esgrime el señor Fraga. Y de una televisión solyenitizada, si se permite el neologismo. Es decir, del poder desnudo. Como en las dictaduras, como en las autocracias.

Este Gobierno no pretende ser de nadie: ha conseguido sus propósitos. Si pretende que todo sea suyo, tendrá que variar de forma y de procedimientos. Pero, por lo que se ve, el país no está dispuesto a ser de alguien si no es de sí mismo, y a no tener más gobierno que el que él mismo proponga. Por eso algunos ministros parecen bastante enfadados con el país. Cada vez que hablan, lo hacen en tono admonitorio, gruñón, de un paternalismo huraño. La vieja dama emperifollada no siempre puede resistir su carácter, no siempre puede hacer monerías. Ni pasos de danza. ■

POZUELO